

Théâtre Aleph.

Espacio de mestizaje cultural

Irène Sadowska-Guillon

Ensayista y crítica teatral

Desafío y paradojas

Ahora ya no me considero un exiliado porque puedo volver a mi país cuando quiero. Si al principio mi teatro encajaba en la historia del teatro latinoamericano en el exilio, hoy es una mezcla de culturas latinoamericana y francesa (...). Está el mundo de las autopistas y luego el de las carreteras nacionales y provinciales. Nuestro teatro hace descubrir las nacionales y las provinciales, las recorre por entero para encontrar gentes verdaderas.

Esta declaración de Oscar Castro, director del Aleph, es explícita y define claramente su opción y su posición resueltamente escogida y reivindicada en el paisaje teatral francés.

El lugar que ocupa en él es particular, escapa a las categorías y etiquetas con las que generalmente se suele definir a las compañías y prácticas teatrales. Ni fuera de juego, ni fundido en el mecanismo estructural e institucional, el teatro Aleph ha conseguido su asimilación conservando su independencia, huyendo de los clanes y de los senderos trillados, rechazando el juego de la separación entre teatro de servicio público y teatro privado, entre diferentes géneros, entre públicos diversos. Por eso, lo encontramos allá donde nadie lo espera, asumiendo desafíos en apariencia contradictorios, sorprendiendo por su posición ecléctica. Lo encontramos, al principio de su trayectoria, en el Théâtre du Soleil de Ariane Mnouchkine y, más tarde, en los festivales de Nancy, de Aviñón, pero también en festivales de música como las célebres Francopholies de La Rochelle o en establecimientos escolares y otros espacios sociales.

Por supuesto, ese gusto feroz por la independencia, por la libertad de movimientos, por la apertura a todos los medios artísticos y sociales es un desafío al cartesianismo francés y a su necesidad casi obsesiva de identificación. En efecto, ¿cómo entender un teatro que parece cultivar las paradojas, que se niega a ponerse límites, trabajando tanto en el show-biz como en los barrios y medios marginales, una compañía que, instalada en una periferia obrera, reúne artistas de renombre, estrellas de cine y de televisión (Pierre Barouh, Robert Doisneau, Claude Lelouch, Pierre Richard y otros han sido cómplices de su trayectoria) y jóvenes actores venidos de horizontes diversos, una compañía que recorre las provincias francesas y cruza las fronteras sin pretender a toda costa conquistar París?

Esta libertad constituye la base de los compromisos artísticos y ciudadanos del Teatro Aleph.

Teatro mestizo y ciudadano

El carácter de mestizaje latinoamericano-francés del Teatro Aleph y su compromiso ciudadano se expresan no sólo a través de su actividad de creación —a través de las problemáticas tratadas y el lenguaje



escénico que recurre a formas populares— sino también en su relación con el entorno humano de la ciudad.

No se trata de un compromiso político inscrito en un sistema o discurso ideológico limitado (ahí también Oscar Castro, alérgico a toda recuperación, reivindica su libertad total de artista). Es un compromiso humano —más allá de las nacionalidades, de las fronteras— de un ciudadano que ha inscrito su trabajo en el terreno de la ciudad y que, por medio del teatro,

interviene y contribuye a hacer evolucionar y a transformar su contexto social.

Esta posición se traduce, por ejemplo, en la acción *Teatro, gentes y oficios* realizada con maestros, personas de la tercera edad, agricultores, trabajadores sociales, jóvenes de los barrios marginales y cesantes, y consiste en crear con ellos espectáculos que abran interrogantes sobre la sociedad actual.

Dado que él mismo —como sus colaboradores— ha vivido la experiencia del exilio, de la integración,

Oscar Castro posee las armas necesarias para llevar a cabo esa acción.

Para él, vivir y crear en Francia está lejos de consistir en disfrazarse de francés medio deshaciéndose de su latinidad (de su indianidad). Se trata, al contrario, de asumir las diferencias integrando su cultura de origen a la del país de acogida y compartir esa cultura mestiza con los demás.

Las creaciones sucesivas del Teatro Aleph demuestran esa voluntad de integración y de intercambio que se expresa por la formación de una compañía franco-latinoamericana, por las colaboraciones con diversas redes culturales francesas, por la inscripción de su trabajo teatral en el tejido social, pero también

por la interpenetración en sus espectáculos de las realidades, de los mundos imaginarios y de los modos de expresión diferentes provenientes de las culturas latinoamericana y francesa.

Oscar Castro no renuncia a la problemática latinoamericana, la abre, la sitúa en una perspectiva internacional y la confronta a la actual y a la historia de su país adoptivo. Así por ejemplo, en **Le mambo de Monsieur Paul** o en **Asesinato en Valparaíso**.

La opción pluridisciplinaria del Teatro Aleph que reúne teatro, música, canto, números de music-hall, su lenguaje teatral de efectos barrocos que salta de una historia a otra, entremezclándolas, y su estilo directo y espontáneo, gana adeptos y colaboradores fieles, espectadores incondicionales cada día más numerosos.

Si hoy el Teatro Aleph pone el cartel *lleno* y si un público variado —de la periferia y de París— acude a sus espectáculos, es porque la compañía ha sabido proponer a los espectadores un teatro diferente que se abre al mundo, reuniendo reflexión y humor, y una acogida festiva en un ambiente de convivencia y de alegre complicidad.

Por su estilo peculiar, el Teatro Aleph se ha afirmado en el paisaje teatral francés como un teatro diferente que reinventa hoy, a su manera, la forma franco-latinoamericana del cabaret político brechtiano.

Nuestro teatro hay que situarlo —dice Oscar Castro— en ese movimiento actual en el que la lengua francesa se deja mecer por los ritmos de salsa, en ese espacio en el que el sueño y la realidad se confunden.

Si las giras en provincias y las presentaciones de sus espectáculos en lugares prestigiosos y festivales han contribuido a hacer conocer al Teatro Aleph, la instalación de la compañía en Ivry (en las afueras de París) ha permitido a la vez identificar mejor su trabajo, inscribirlo en la vida concreta del barrio y, sobre todo, crear un público fiel —compuesto de gentes del barrio mismo y de París— cada vez más numeroso. Ese público representa culturas y medios diferentes, desde jóvenes de barrios populares a artistas y personalidades de la cultura y de la política, así como de parisinos seducidos por un lugar agradable y de convi-



Castro y Pierre Richard
en Valparaíso,
1996.

vencia. Un decorado barroco algo *kitsch* de colores cálidos, recientemente renovado. Un bar acogedor, lugar de encuentro y de intercambios. Una sala que, para mejor confort de sus espectadores, se ha dotado en 1998 de nuevos sillones.

Además de los espectáculos, de los talleres y cursos de formación, el Teatro Aleph organiza veladas musicales, exposiciones, encuentros diversos.

Desde junio de 1997, el ciclo Teatro Hispánico en Juego, realizado conjuntamente con la asociación Hispanité Explorations, propone cada mes el descubrimiento de las dramaturgias hispánicas actuales a través de lecturas públicas de obras traducidas en francés y de encuentros con sus autores.

Estas diferentes actividades hacen descubrir el teatro a nuevos espectadores.

Memoria y anticonformismo

Conservando la memoria de sus orígenes, de su pasado cultural y de los acontecimientos de la historia reciente, el Teatro Aleph se ha negado siempre a entrar en el juego de las celebraciones oficiales y a fundirse en el discurso conmemorativo convencional. En 1992 Oscar Castro trata, a su manera, con humor y fantasía subversiva, el Quinto Centenario del Descubrimiento en **Christophe Colomb superstar**.

En 1997, reacciona frente al discurso helado y grandilocuente de la celebración del 30 aniversario de la muerte de Che Guevara, con un espectáculo-declaración de amor bajo la forma de una epopeya musical, **Le Che que j'aime**, escrito y dirigido por él mismo. Oscar Castro se rodea para su realización de sus fieles colaboradores: Sylvie Miqueu para la coreografía, Anita Vallejo para la dirección musical y René Olivares para el decorado; con nueve actores, cantantes y bailarines y siete músicos en directo, el espectáculo se crea el 23 de enero de 1998 en el Espacio Aleph. Yendo más allá del mito, Oscar Castro toca la esencia de la realidad. La base del espectáculo es la



Sylvie Miqueu en *Malenke*, París 1991.

Ci. Villeportoux



Christine Huet, Mathien Cabiac, Sébastien Naud, Sylvie Miqueu, Felipe Durand, Isabelle Courtois, Mehdi Kerouani, Oscar Castro, Andrea Castro, Anita Vallejo y Sebastián Castro en *Le mambo de Mr. Paul*, París 1995.

opción de mostrar el desfase de una realidad asaltada por la ficción: el Che está ausente (casi no se habla directamente de él), la acción se desarrolla hoy en América Latina en Maquegua, capital de la provincia de Río Bamba. Pero el Che, invisible, vive a través de cada uno de los personajes, unos acordándose de su ejemplo, otros nutridos de su leyenda. Todos llevan en su interior chispas de esa llama que él había encendido. Es a ese Che vivo, a través de su obra perenne que enardece los espíritus y reaviva las esperanzas, que Oscar Castro rinde homenaje. A su manera, dando un rodeo tierno y jovial, a través del humor irresistible, la parodia, los chistes, los números de music-hall de manera de evitar el *pathos*.

El hilo conductor del espectáculo es la emisión de radio Maquegua **Amores vividos**, animada por Emma Tapia y retransmitida cada domingo en directo del Bar de los Enamorados. Los invitados de Emma vienen a contar sus amores pero en sus historias simples, cotidianas, privadas, resuena la Historia reciente, acontecimientos que directa o indirectamente han modelado o cambiado sus vidas. La de Doña Rosa, por ejemplo, trastornada por la partida de su hombre que la ha abandonado *para amar a sus semejantes en los senderos del Che Guevara*. Los testimonios de los invitados que se cruzan, se mezclan, y la orquesta que

acompaña la emisión citando célebres melodías de amor, tejen un mosaico barroco de la realidad latinoamericana, el mal de amores se mezcla con la pasión del fútbol, los secretos de la macumba, la lucha revolucionaria y los gobiernos de transición.

Con fineza, inteligencia y con ese humor insolente que le caracteriza, Castro desmitifica la comedia del discurso político, ya sea de derecha o de izquierdas; aquí nadie se libra. Este espectáculo vivo y sincero no es un monumento a los muertos sino un ramo de flores, unos fuegos artificiales, una historia de amor que vibra eternamente en el corazón de los latinoamericanos.

Oscar Castro con el elenco de *La Tralaviata*, Aleph, 1989.



La aduana de la crítica

Conquistar al público es una cosa, pasar la aduana de la crítica es otra. Sobre todo, teniendo en cuenta que, en un contexto de saturación de creaciones y de compañías, pocas de entre ellas llegan a atraer la atención de los medios de comunicación y, menos aun, de la crítica caprichosa y a menudo incluso hastiada.

La novedad, el estilo singular, la pertinencia y el estilo simple y directo de los espectáculos del Teatro Aleph, pero igualmente los nombres prestigiosos de sus cómplices y colaboradores, han atraído tanto al público como a la crítica. Han venido y muchos han vuelto a cada una de sus creaciones. Hay que señalar que la participación en los espectáculos de personajes tan sumamente conocidos como Pierre Richard o Pierre Barouh no garantizan el éxito, al contrario, aumentan la severidad de los criterios de exigencia hacia ellos. Así pues, no hay ningún tipo de complacencias para el Teatro Aleph.

Aunque el lenguaje escénico de Oscar Castro es hoy conocido, cada nuevo espectáculo sigue sorprendiendo por la manera particular de abordar los diferentes temas.

Tanto el **Kabaret de la dernière chance** como **Meurtre à Valparaíso** han tenido una acogida favorable, incluso entusiasta, por parte de la prensa nacional y regional francesa. Numerosos artículos ponen de relieve la singularidad del lenguaje escénico

de la compañía y su increíble facultad para cautivar al espectador y hacerle penetrar en un universo a la vez diferente y reconocible.

Oscar Castro —escribe L'Humanité Dimanche— se las ingenia para inventar el teatro-fiesta. Un lugar donde la vida fluye. Un escenario desbordante de parodia política, de diálogos amorosos, de risas, de "blues" andinos y de sensuales danzas latinas. El Teatro Aleph está decididamente del lado de la vida. Le Midi libre dice, hablando del universo teatral de Aleph: *Un mundo divertido y poético donde se canta, se baila y se actúa. El público ríe mucho, los diálogos salen disparados, los actores surgen de todas partes. Un teatro mágico que transporta a los espec-*

tadores a un universo felliniano. Le Nouvel Observateur resalta otras referencias y parentescos: *Oscar se mueve con soltura entre el sueño y la realidad. Se habla de todo, lo mismo de las pequeñas miserias cotidianas que de los círculos del infierno de Dante. El espectáculo nos recuerda los del Gran Magic Circus de Savary y las puestas en escena más gesticuladoras y festivas de Lavelli y de Arias.*

Las nuevas representaciones de **Meurtre à Valparaíso** han sido acogidas por el Nouvel Observateur (15 de enero de 1997) con estas palabras: *Pierre Richard se ha unido a la alegre banda del Teatro Aleph con sus superchicas sexys. Con Oscar Castro haciendo de comisario vestido con impermeable calamitoso, forma un dúo jocoso en esta alegre intriga policíaco-musical situada en un cabaret de mala muerte de Valparaíso.*

Jean Emmanuel Ducoin, en L'Humanité, subraya *la calidad y la precisión del juego sutil (...)* donde todo se insinúa entre la mirada y el timbre de voz.

En París, el espectáculo cuenta con la unanimidad entusiasta desde Paris-Match hasta el diario deportivo L'Équipe.

Sebastián Castro, Sébastien Naud, Sylvie Miqueu, Tiago Alencar, Andrea Castro, Felipe Durand, Mehdi Kerouani, Mathieu Gabiac en Asesinato en Valparaíso, Aleph, 1996.



Durante la gira por Francia, la prensa regional se ha volcado en elogios. Ouest France habla de un espectáculo rico en ideas, risas y cabaret. En La République du Centre (noviembre 1997), Jean Dominique Burtin escribe: *Castro y su compañía dan libre curso a un cuento surrealista, pretexto para la música, el canto, la danza, las lentejuelas y el melodrama vertiginoso (...)* Oscar Castro en el personaje del Comisario Villarosa y Pierre Richard en el de un emisario de la FIFA nos proponen un número fuerte de Augusto y de payaso blanco.





Tiago Alencar, Sylvie Miqueu, Sebastián Castro y Christine Huet en *Asesinato en Valparaíso*, 1996.

El Che que amo, texto y puesta en escena de Oscar Castro, Aleph, 1998.



En gira por el extranjero, en Bélgica, **Meurtre à Valparaíso** no pasa desapercibido.

Jean-Marie Wynants, en un largo artículo en *Le Soir* de Bruselas (diciembre 1997), hace un análisis muy pertinente del espectáculo, subrayando la originalidad del trabajo artesanal de la compañía. *Mientras que los dos hombres intercambian sus argumentos —cartesianismo europeo contra fantasía latina— el cabaret vive su vida. El cantante popular, que tiene todas las pintas de ser el culpable ideal, viene a hacer sus gorgoritos rodeado de criaturas que podríamos llamar de ensueño si no*

hubieran venido a perderse en este cabaret de mala monta (...) La orquesta mezcla cha cha cha, tango y éxitos franceses y hace lucirse a una cantante de voz irresistible y de temperamento hipertónico (...) Todos estos ingredientes contribuyen a crear un espectáculo "revoltito" de los que se ven pocos en esta época de productos manufacturados y calibrados al milímetro (...) Oscar Castro, director de este **Meurtre à Valparaíso**, interpreta el papel de Porfirio Villarosa, y crea una especie de inspector Colombo latino sumamente divertido. Pierre Richard trata de desenmarañar los hilos de la intriga, al mismo tiempo que trata de pasarlo bien con su colega, dejándose llevar así, poco a poco, por las costumbres locales.

Mientras que el humor a veces impertinente de Oscar Castro, sus alusiones atrevidas y directas a los hechos, se acoplan bien con el espíritu subversivo, revoltoso y provocador del público francés, a veces ha irritado también el espíritu serio y falto de humor, la sensibilidad de algunos periodistas belgas.

La Libre Belgique alaba la calidad de la interpretación sobria de Pierre Richard, que no se aprovecha de su popularidad para atraerse a la sala, cuando un gesto le bastaría, haciendo de contrapunto con la compañía (...) y forma un dúo pintoresco con Oscar Castro bonachón, afable e impulsivo, pero al mismo tiempo esta crítica

hace muestras de un exceso de pudor extraño, como si se tratara de un tema tabú, ante las alusiones directas hechas en el espectáculo a la violencia en los estadios de fútbol: *Es de lamentar, sin embargo, que las burlas dirigidas al dinero de los ricos, al racismo ambiente, a las leyes sobre la inmigración, se vuelvan de repente una alusión molesta, demasiado directa en ese contexto jocoso, cuando se trata de los muertos de nuestros estadios de fútbol, ya sea en Bruselas, en Córcega o en Inglaterra. Es el punto que han sobrepasado —aunque aplaudido— y que indica que no es bueno ir demasiado lejos.* Reflexión sorprendente cuando se dirige a un artista que ha sido él mismo víctima de la violencia.

¿Hay límites a la denuncia de la violencia, se produzca donde se produzca? ¿La misión del teatro no es justamente la de remover las buenas conciencias y la tendencia al conformismo del espectador y confrontarlo a su responsabilidad frente al malestar social? Tal es, en todo caso, la vocación del Teatro Aleph que, atento a todas las formas de violencia, de injusticia y de intolerancia, las denuncia y las combate con las armas de un teatro festivo, lúdico, de un teatro ciudadano del mundo.

Traducido por Angeles Muñoz

Teatro Aleph en Chile 1970-1974

Obra	Año	Lugar
¿Se sirve Ud. un cóctel molotov?	1969	I Festival de Teatro Obrero-Universitario U.C.
Viva in mundo de Fanta-Cía.	1970	Lastarria 90
¿Cuántas ruedas tiene un trineo?	1971	»
¿Aaah?, ¡Ooooh!, ¿Aaah?	1972	»
Vida, pasión y muerte de Casimiro Peñafleta	1972	»
Erase una vez un rey	1972	»
Gruffttuffs	1973	»
Al principio existía la vida	1974	»

Teatro Aleph en París 1976 - 1998

Obra	Año	Lugar
Mateluna	1980	Cartoucherie de Vincennes (Théâtre du Soleil)
La nuit suspendue	1982	Théâtre de Villejuif
Talca, París y Broadway	1984	Théâtre de la Plaine
Le Kabaret de la dernière chance	1986	Bataclan et Francofolies de La Rochelle
La maison accepte l'échec	1987	Bataclan
La Tralalaviata	1989	Bataclan
Malenke	1991	Festival d'Avignon.
Christophe Colomb SuperStar	1992	Bataclan
Réellement chaud	1993	Francofolies. La Rochelle. Eurofolies. Marne la Vallée
Le Club des Boléros	1994	Théâtre "Les Etoiles" Paris.
Le mambo de M. Paul	1995	Festival d'Avignon.
Meurtre à Valparaíso	1996	Espace Aleph
Le Che que j'aime	1998	Espace Aleph